

LA MUJER EN LA CULTURA IBEROAMERICANA

Celina Ana Lertora Mendoza
CONICET – Buenos Aires, Argentina

El título de la comunicación es deliberadamente ambiguo, y engloba diversos puntos de vista. En primer lugar, "cultura" puede entenderse en dos sentidos – útiles a los efectos del análisis –, según se trate de la elaboración sistemática, formal y reglada de productos culturales, o bien de una producción informal y asistemática. La distinción es importante en sí misma, pero lo es sobre todo en relación a las otras distinciones. En segundo lugar, al abordar el tema de la mujer y la cultura, debemos ver, por una parte, qué importancia y proyección ha tenido la labor cultural femenina en nuestra sociedad, y por otra, analizar en qué medida la mujer ha recibido las influencias culturales del entorno, que han determinado una cierta manera de ser y de pensar femeninos. Por último, señalemos que hablar de "la mujer" latinoamericana es casi una abstracción, pues la sociedad de nuestros países es muy compleja y ha variado mucho a lo largo de su historia, pasando del grupo tradicional al aluvional o inmigratorio, antes de llegar a la actual generación.

Por estas razones creo que no puede hablarse de las mujeres como un grupo homogéneo cuya conciencia de sexo habría que despertar, así como – en otro sentido – tampoco nuestros obreros constituyen un grupo homogéneo con los de otros países más desarrollados, o como si el único o fundamental problema fuera despertar su conciencia de clase. Creo también que esta compleja realidad ha dificultado hasta ahora la difusión del feminismo, fuera de unos círculos bastante limitados. Estimo que el problema de la mujer latinoamericana debe ser entendido en el contexto peculiar de nuestra sociedad, que ha tenido una etapa tradicional (sociedad heredada de la colonia, constituída fundamentalmente por criollos, mestizos e indios), luego una etapa de "aluvión" inmigratorio, más o menos fuerte según los países, y constituído tanto por inmigración predominantemente latina (Argentina, Chile, Uruguay) como por población africana y últimamente también asiática. Hubo una época (principios de siglo y entreguerras) en que el problema de las colectividades extrañas y su integración en la producción económica y la vida política de estos jóvenes países, fue prioritario con relación a los otros problemas que hubiera entre sus miembros (de clase social o de sexo). En esta etapa, las mujeres pertenecientes a diversas procedencias étnicas y culturales, tenían entre sí diferencias más marcadas y más difícilmente

superables que las de clase social, y el tema de la reivindicación sexual ni se planteaba. Quizá no debemos preguntarnos (o lamentar) por qué la mujer no tuvo resonancia en la cultura de esa época, sino más bien indagar por qué una gran parte de la población de nuestros países (sean los antiguos criollos, los nativos o los inmigrantes pobres) tuvieron un acceso muy limitado a las esferas de poder que determinan la producción selectiva de cultura. Naturalmente, ello se debe a nuestra característica vida socio-política, centrada en élites que fueron cediéndose alternativamente el puesto (la burguesía agraria, la industrial y la financiera) impidiendo en muchos casos una auténtica y prolongada experiencia democrática, al estilo europeo o norteamericano. Por todas estas razones, cuando en lo sucesivo me refiera a los puntos centrales de mi análisis, pido se tenga en cuenta esta advertencia, para suplir mentalmente los matices que no puedo explicitar en cada caso.

1. LA MUJER COMO PRODUCTORA DE CULTURA

1.1. Cultura sistemática o formalizada

Tenemos que considerar aquí diferentes aspectos en los que la mujer ha logrado cierta relevancia cultural. Aclaro que no entro en el acuciante problema de las "culturas dependientes", tema sin duda capital, pero no objeto de este trabajo. Considero cultura, cualquiera sea su valor, su originalidad o dependencia y marginalidad, a lo que efectivamente se ha producido, y trato de elucidar qué papel han tenido en ello nuestras mujeres.

En síntesis, considero que hay tres campos en los cuales puede señalarse una presencia femenina, variante según las épocas (actualmente tiende a aumentar), los países (mayor en los más europeizados) y los estamentos socio-étnicos (casi nula en las etnias indígenas y mestizas, mayor en los sectores provenientes de la cultura europea). Los rubros son los siguientes:

1.1.1. El magisterio.

La labor pedagógica, generalmente en las primeras letras, luego también en la escuela secundaria, y hoy en la universidad, ha sido en buena parte tarea femenina. Es difícil señalar con exactitud las razones, pero estimo que podrían hacerse las siguientes observaciones:

a) La cultura tradicional considera la educación pública como una prolongación de la hogareña. La Iglesia se proclama maestra en tanto que madre, porque educar es una tarea esencialmente materna. Creo que la laicización de los contenidos de enseñanza o de las estructuras escolares, no ha cuestionado ni tocado apenas este punto de vista, y por eso ha

parecido algo totalmente natural que la enseñanza de primeras letras (y por extensión, luego el resto) estuviese en manos de mujeres. Ha sido una forma de división de roles sociales, una extensión de su función como hembra.

b) Desde otro punto de vista, aunque se ha proclamado con harta retórica la dignidad del docente, la realidad es que en Iberoamérica, cuyos países siempre pobres apenas pueden destinar una mínima parte de sus escasos recursos a la educación, la docencia ha sido siempre una tarea mal remunerada, y en muchos casos insuficiente para vivir o para mantener una familia, tarea ésta que la sociedad tradicional encomienda al hombre, como cabeza. El magisterio no es para ellos una labor atractiva, y por eso en muchos de nuestros países la escuela primaria y la secundaria las llevan las mujeres solteras o las casadas, que deben apoyar (en forma subsidiaria y no principal) el sostenimiento del hogar.

c) Por otra parte, es una labor socialmente más aceptable que otras, debido a las proclamas sobre su importancia y muchos integrantes de la clase media-baja veían en ésto una forma de ascenso en el estatus social de sus hijas. Hoy el engaño se ha develado, y tal vez por eso sentimos la escasez de maestros con auténtica vocación de permanencia en el cargo.

1.1.2. Profesiones liberales.

Con ciertas dificultades, más por limitaciones sociales y económicas que sexuales, la mujer se abrió camino en la vida profesional, pudiendo distinguirse tres etapas:

a) Al principio, la mujer eligió carreras "más femeninas" (literatura, humanidades, psicología, psicopedagogía) cuya finalidad es la enseñanza o la ayuda personal, principalmente a niños y adolescentes. Esta etapa es una prolongación del mismo criterio de división de roles por sexo.

b) En una segunda etapa, la que actualmente se vive en la mayoría de nuestros países, la mujer arribó a otras profesiones, particularmente la medicina, el derecho, la economía y las ciencias exactas. Son todas carreras que no exigen fuerza física, poder de mando ni desplazamientos de importancia.

c) En una tercera etapa, aún incipiente, la mujer comienza a elegir carreras técnicas. Debe vencer el doble prejuicio de quienes las consideran actividades "poco femeninas" y el de aquellos que en el fondo tienen vergüenza de ser dirigidos por una mujer en tareas tradicionalmente masculinas, disfrazando su senimiento con diversas racionalizaciones (por ej. que no es conveniente que la mujer trabaje en faenas rudas-olvidando que son aceptadas otras tareas tan rudas como éstas —, o que en definitiva el peso de las mismas recaerá en los hombres).

1.1.3. Las artes

Se diría que en este rubro se aprecia mejor la presencia y el aporte de la mujer, y donde, justamente por la característica propia de la actividad, se ve mejor lo femenino en la producción cultural. No obstante, la proporción de las mujeres con capacidad artística que han logrado una trayectoria de consideración sigue siendo muy baja en relación al hombre. Diría que como intérprete (de música, danza, teatro, etc.) la mujer ha logrado equipararse, y hasta con cierta ventaja, sobre todo en los aspectos más exóticos y folklóricos. En cambio, como creadora ha tropezado con mayores dificultades. Hay un grupo de disciplinas artísticas en que estas dificultades han sido superadas: letras, pintura, danza. En cambio en cine, dirección teatral, composición musical, arquitectura y diseño la presencia es menor, tendiendo a aumentar, sobre todo en diseños y artesanías. Resta por averiguar si este hecho responde a una efectiva falta de preferencias por estos renglones del arte, o a dificultades insuperables para llevar adelante estas actividades.

1.2. Cultura asistemática e informal

Me referiré ahora a la presencia cultural de la mujer en la dimensión doméstica y, más recientemente, en otros medios sociales y políticos.

1.2.1. Nivel doméstico.

Fundamentalmente la mujer ha cumplido la función de transmitir la cultura recibida tomándolo como finalidad principal de su influencia en los hijos o en quienes tuviera a su cargo (por ej. la enseñanza elemental dada a la servidumbre indígena, etc.). En la mayoría de los casos, la transmisión de valores tradicionales (básicamente morales y religiosos) y de los usos y creencias de las nacionalidades o grupos de origen, no ha sido enriquecida con aportes propios ni ha pasado por la criba de una selección crítica. El peso de esta formación en los hijos, es variable y depende de diversos factores como las particularidades de los grupos y la estructura individual de personalidad. Casi siempre la influencia ha mermado al llegar a la adolescencia o la adultez, aunque en algunos aspectos (por ej. ciertos "tabúes") se siguiera manteniendo. Pero creo que esta influencia cultural subyace a nivel inconsciente y produce — o contribuye a — la quiebra de la personalidad y a muchas insatisfacciones y frustraciones, indefinidos complejos de culpa e impotencias que se observan en muchos estratos de nuestras sociedades, y cuyo resultado es un mal social difuso. Es que esos contenidos tradicionales, que no responden ya a la realidad, esas normas de comportamiento con las cuales el individuo ya no puede obtener el resultado esperado y prometido por su madre (suerte de "super yo"), entran en colisión con las apetencias y las expectativas que la sociedad actual presenta como deseables, y la solución del conflicto

interior se aleja más, en la medida en que la contradicción es vivida en el plano inconsciente durante años decisivos para la formación y afianzamiento de la personalidad. Por otra parte, la identificación de sus valores con su persona, proceso casi común en las mujeres hasta la reciente generación, hace que el rechazo filial de las pautas de su enseñanza materna, sea interpretado como defecto de cariño, o como ingratitud, con lo cual la solución del conflicto vital entre madre e hijos es inviable.

1.2.2. Nivel social.

La presencia femenina en la producción de bienes culturales relativos al bienestar social, estuvo limitada durante muchos años a las "obras de caridad". No quiero juzgar el sentimiento o la ética que ha guiado a las "damas de caridad" en sus tareas, pero me atrevo a afirmar que objetivamente han sido negativas para el contexto social que supuestamente debía recibir sus beneficios. En efecto, han creado el hábito de recibir como caridad y gratuitamente ciertos bienes en cuya producción, distribución y ganancia los necesitados no han intervenido y de los cuales no se sienten responsables, cuando lo que se debe exigir es el derecho a ganarse honradamente y trabajando ese pan que se le regala como a mendigos. La existencia de una cierta y permanente mendicidad de algunos núcleos sociales ha justificado la presencia de esta acción caritativa hasta que — y mientras tanto no — la mujer accedió a la vida política y encontró una forma más eficaz de ayuda social. Pero los grupos femeninos que se dedicaron a la política no fueron los mismos que continuaron la línea de la labor de caridad.

1.2.3. Nivel político.

La presencia política de la mujer en nuestros países es semejante a lo que ha sucedido en el ámbito profesional: tiende a aumentar en todos los niveles. Pero yo creo que no como una mayor concientización feminista, sino en la medida de una mayor participación política general de la población. Como es lógico, las mujeres que se dedicaron a la política "desde el llano" (pues aquí no interesan especialmente las mujeres pertenecientes a élites dominantes que por ciertas coyunturas han llegado a ocupar cargos políticos para ayudar a sus amigos) generalmente lo hicieron en direcciones de izquierda; particularmente importantes, por ej. fueron las socialistas que, dicho sea de paso, fueron también las primeras en llamar la atención sobre el feminismo, aunque con escaso eco hasta ahora. La mujer latinoamericana se dedica hoy activamente a la política, pero su participación en los primeros niveles es aún sensitivamente menor. No obstante, es auspicioso el continuo aumento de mujeres en ministerios, secretarías de estado, la diplomacia, etc. Pero la mujer que entre nosotros trabaja en política, al contrario de lo que sucede en otros países, generalmente no tiene un programa político de corte feminista. Esto es

explicable, porque la solución de otros problemas socio-económicos y políticos es acuciante, y en nuestros países las prioridades son otras. Una activa feminista argentina, preguntada sobre la diferencia entre nuestros feminismos y los europeos, expresó que en la actual situación americana puede considerarse un "lujo" injusto discutir sobre ciertos temas "feministas" como la igualdad de derechos laborales o los días de licencia por parto, o las condiciones de empleo, etc. cuando en realidad todos los derechos laborales están conculcados o amenazados, hay discriminación generalizada, violación de elementales derechos humanos y políticos, etc. En otras palabras, que la lucha por la liberación de los oprimidos (hombres y mujeres latinoamericanos por igual) es prioritaria, y sólo después de lograda, las mujeres deben luchar por suprimir las diferencias discriminatorias que persistan. Esta postura, ya denunciada hace años por Simone de Beauvoir (claro que, con respecto a Europa, probablemente la cosa es distinta) subordina los intereses de la mujer a los de otro contorno mayor al cual pertenece, y de esto también hay que tomar nota. No intento ponerme a favor ni en contra, sino simplemente señalar que, hoy por hoy, muchas mujeres latinoamericanas se plantean como prioritarias otras reivindicaciones por encima de las relativas al sexo.

2. LA MUJER COMO RECEPTORA DE CULTURA

Considero que este tema es tan amplio como el anterior, pero voy a reducirme a indicar sólo dos puntos que debieran ser objeto de una más detenida consideración:

1.2. La mujer como receptora de enseñanza

Por la razón que apunté antes, la mujer ha recibido una enseñanza básica impartida a su vez por mujeres, y en ese sentido ha sido preparada para constituir un nuevo eslabón en la cadena transmisora de la cultura y los valores tradicionales. Hasta hace poco, la enseñanza superior estaba en manos masculinas, y los hombres fueron los encargados de formar a las primeras mujeres que pudieron acceder a la universidad. Quizá esto determinó una cierta masculinización claramente observable en nuestras primeras universitarias; en parte porque tomaron como modelo a sus profesores, y en parte porque debían imitarlos para entenderse con ellos. Si esta condición fue una imposición masculina o una interpretación (quizá errada) de las mujeres, es algo sobre lo cual no tengo una respuesta precisa.

2.2. La mujer como receptora de la cultura del entorno social

Cuando la mujer accedió al mundo del trabajo, se encontró con un sistema construído por el hombre, al cual debió plegarse hasta ver la posibilidad de cambiar (o no) algunos o la mayoría de sus aspectos.

Esta ha sido la situación general y América no es excepción. Pero tenemos que hacer algunas salvedades. En primer lugar, que este proceso, ya muy estudiado en las sociedades industrializadas, se ha dado entre nosotros en la medida de nuestras semejanzas con aquellas. En cambio, las sociedades agrarias han seguido otros patrones en los cuales la presencia de la mujer ha sido permanente y más importante. En muchas sociedades indígenas y mestizas la mujer, sobre todo vieja, tenía una función cultural, social y religiosa respetada e importante: "la mama tierra", la curandera, la consejera, etc. La modernización de estas sociedades arrastro el prestigio de estas mujeres junto con el prestigio de la cultura arcaica que representaban. Los efectos psicosociales han sido graves y a remediarlos han venido algunas medidas recientes. Pienso por ej. en el reconocimiento de la medicina popular en Perú y Bolivia, donde antes se habría prohibido bajo severas penas. De cualquier manera, es difícil predecir cuál será el destino de estas culturas tan vapuleadas y qué papel podrán tener en el futuro las mujeres provenientes de estos ámbitos.

Una segunda observación, acorde con lo dicho anteriormente, es que la mujer que hoy accede en nuestros países a la vida del trabajo y la producción, más que procurarse condiciones igualitarias con el hombre, se preocupa de que ellas y los hombres obtengan condiciones mejores, y equiparables a las de los trabajadores de otros países más desarrollados y con relación a los ricos y poderosos de sus propias sociedades. No creo que estas opciones deban ser entendidas como una renuncia a las reivindicaciones específicas, y por eso pienso que no conviene discutir este punto. Se trata, para mí, de valorar cuál es la oportunidad histórica y política de hacer valer uno u otro tipo de reivindicación, supuesto que el objetivo es conseguir las todas.